

La comunidad del Espíritu como nueva humanidad

Rebeca Montemayor L.

Base bíblica: Hechos 2:1-13

Hoy, al inicio del nuevo milenio, como cristianas y cristianos latinoamericanos, repensar a la comunidad del Es-íritu como nueva humanidad, es integrar el pasado, pre-sente y futuro de la utopía cristiana que sigue creyendo en el milagro del Pentecostés como símbolo de la inclusión a la vida. Esto se contrapone, precisamente, contra la cultura de la exclusión que va dejando en el camino de muerte a millones de seres humanos. Repensar el Pentecostés, como milagro cotidiano, como lo siempre nuevo y único, es re-descubrir los lenguajes del evangelio, aquellos que nos per-mitan afirmar la vida de iglesias que vivan la comunidad del Espíritu que es primicia de nueva humanidad.

Permítanme comenzar con una historia. Bruno Traven, escritor norteamericano, que vivió más de la mitad de su

vida en nuestro país, México, gran conocedor de la simbólica cultural indígena, escribió uno de los cuentos más significativos e importantes dentro de la narrativa latinoamericana¹. Por la extensión del cuento, sólo resumo y transcribo los párrafos que describen las ideas centrales que queremos destacar.

Cuento de las canastitas en serie

En calidad de turista en viaje de recreo y descanso llegó a estas tierras de México Mr. E. L. Winthrop proveniente de la ciudad de Nueva York. Como hacen otros tantos viajeros, a los pocos días de permanencia en estos rumbos ya tenía bien forjada su opinión y, en su concepto, este extraño país salvaje no había sido todavía bien explorado, misión gloriosa sobre la tierra reservada a gente como él. Y así llegó un día a un pueblecito del estado de Oaxaca. Caminando por la polvorienta calle principal en que nada se sabía acerca de pavimentos y drenaje y en que las gentes se alumbraban con velas y ocotes, se encontró con un indio sentado en cuclillas a la entrada de su jacal. El indio estaba ocupado haciendo canastitas de paja y otras fibras recogidas en los campos tropicales que rodean al pueblo. El material que empleaba no sólo estaba bien preparado, sino ricamente coloreado con tintes que el artesano extraía de diversas plantas e insectos por procedimientos conocidos únicamente por los

¹ Bruno Traven, *Canasta de cuentos mexicanos*, Selector, México, 2000 (1956), pp. 9- 28.

miembros de su familia... La belleza de sus canastitas ponían de manifiesto las dotes artísticas que poseen estos indios. En cada una se admiraban los más bellos diseños de flores, mariposas, pájaros, ardillas, antílopes, tigres y una veintena más de animales habitantes de la selva. Lo admirable era que aquella sinfonía de colores no estaba pintada sobre la canasta; era parte de ella pues las fibras teñidas de diferentes tonalidades estaban entretejidas tan hábil y artísticamente que los dibujos podían admirarse igual en el interior que en el exterior de la cesta. Y aquellos adornos eran producidos sin consultar ni seguir previamente dibujo alguno. Iban apareciendo de su imaginación como por arte de magia y, mientras la pieza no estuviera acabada, nadie podía saber como quedaría. Una vez terminadas, las canastitas se podían utilizar de cien maneras.

El norteamericano ve maravillado las canastitas y empieza a ofrecer al indio un precio por diez canastas. Y le dice que si compra 100, cuánto le costarían; se da un precio y el Sr. Winthrop compra las 16 canastas que el indio tenía en existencia. Regresa a Nueva York y ofrece estas canastas; él recomienda que, si se hacen en serie, el precio será más barato. En una confitería, las canastas les parecen realmente artísticas; después de hacer las negociaciones pertinentes, se hace un pedido de un mínimo de 10.000 a 12.000 canastas. El norteamericano regresa después de tres meses a Oaxaca; él pensaba «hice el negocio de mi vida»; aquél indio tonto que no sabe ni lo que tiene me ofreció a un precio irrisorio el ciento. No le diré en seguida que

quiero 12.000 para que no se avorace y conciba ideas raras y trate de elevar el precio. Le dice al indio que si puede hacer mil, cinco mil, diez mil canastas, éste asiente, pero al preguntarle cuánto tardará en hacerlas, el indio responde que necesitará bastante tiempo para hacer tantas canastas. Si tiene todo el clima y el ambiente es propicio, podrá hacer hasta tres docenas. El turista enojado se da cuenta de que el indio no ha comprendido; le está pidiendo diez mil canastas y le contesta que podría hacer hasta tres docenas: «¡Usted no entiende!» Definitivamente, no entiende nada. El indio, muy calmado, le explica que para hacer cada canasta, son días de búsqueda en la selva, de los animales y plantas necesarios; además, tendría que poner a otros a trabajar sus tierras y cuidar de sus animalitos y, para tal número de canastas, tendría que poner a trabajar a todo el pueblo, e igualmente: ¿Quién trabajaría la tierra, quién haría la comida, quién cuidaría a los niños? Después que el indio hubo terminado, el Sr. Winthrop, desesperado, ofrece más dinero, pero no hay alteración en la actitud del indio.

El indio, incólume, responde: «Mire, señor, hay algo que usted ignora. Tengo que hacer estas canastitas a mi manera, con canciones y trocitos de mi propia alma. Si me veo obligado a hacerlas por millares, no podré tener un pedazo del alma en cada una, ni podré poner en ellas mis canciones. Resultarían todas iguales y eso acabaría por devorarme el corazón, pedazo por pedazo. Cada una de ellas debe encerrar un trozo distinto, un cantar único de los que escucho al amanecer cuando los pájaros comienzan a gorjear

y las mariposas vienen a posarse en mis canastitas y a enseñarme los lindos colores de sus alas para que yo me inspire. Y ellas se acercan porque gustan también de los bellos tonos que mis canastitas lucen. Y ahora, jefecito, perdóneme, pero he perdido mucho tiempo, mañana es día de plaza en el pueblo y tengo que acabar estas cestas para venderlas allá. Adiosito».

Imaginemos cómo se fue el turista norteamericano que pensó en haber hecho el negocio del siglo: «Tontos esos condenados indios, por eso ese país está como está, no tiene futuro, yo sé lo que digo».

Nueva York no fue saturada de esas bellas y excelentes obras de arte y así se evitó que en los botes de basura americanos aparecieran, sucias y despreciadas, las policromadas canastitas tejidas con poemas no cantados, con pedacitos de alma y gotas de sangre del corazón de un indio mexicano.

Hay diferentes percepciones. La del creador de las canastitas, que ve a cada una como única e irrepetible, dotadas de su propia identidad pero que, en su conjunto, representaban la obra artesanal de una persona, la reproducción de todo un cúmulo de valores y símbolos culturales. Representaban, en su conjunto, el proyecto de vida de una persona y una comunidad. Por otro lado, estaba la percepción del que viene de afuera, del que mira al otro desde su propia óptica, sus propios valores e intenciones. El que quiere comercializar con el alma creativa del otro y que, al final, acaba sin entender y juzga al diferente desde su propio círculo cultural.

La comunidad del Espíritu, fundada por Jesús en el día de

Pentecostés, representaba la nueva creación, multiforme, única y a la vez común de aquellos hombres y mujeres a quienes convoca por la promesa y poder que infundió en ellos la venida del Espíritu Santo. La percepción del Espíritu sobre su nueva comunidad fue distinta a la percepción de los detractores de la comunidad de Jesús que lo habían juzgado y condenando a muerte; y también distinta de la de algunos judíos que acudían a la fiesta de Pentecostés y que, al darse cuenta de las distintas lenguas con que les predicaban, acusan a la comunidad de Jesús como gente llena de mosto y la juzgan como hombres y mujeres sin conciencia y sin razón. La nueva comunidad, sin embargo, no se detuvo; se incorpora a una nueva dinámica de vida en el Espíritu y acepta correr el riesgo de lo que representa la nueva identidad, autenticidad y pertenencia que, por el Espíritu, habían recibido todos y todas sin excepción alguna. Hay un nuevo lenguaje que dota de vida y sentido a la nueva comunidad.

Una pasión común unía y fortalecía a las y los cristianos que, unidos en un mismo Espíritu, esperaban en el misterio y la esperanza: la promesa del Espíritu Santo. Pero era la fuerza de la comunidad, el fuego que encendía sus corazones; sabían que aislados y dispersos no podrían sostenerse en la fe. Y así llega el Pentecostés, a través de una experiencia común, en la que todas y todos participantes de la gracia de Dios serían *potenciados en el camino de nueva humanidad* para publicar la buena nueva de Vida plena. Dios nos convoca como hijos e hijas suyos a seguir construyendo su Reino, que se edifica en la formación de una comunidad donde se sumen y multipliquen los recursos que él otorga a su iglesia. Como en el ayer de los primeros cristianos que no se concebían

fuera de la comunidad, hoy se hace imperativo que la iglesia, para seguir siendo el fermento de nueva humanidad, trascienda el modelo de institucionalización, jerarquías o estructuras rígidas que impiden la vida. La comunidad como nueva humanidad vive en el árbol que crece, en la levadura que leuda la masa, en la sal que da sabor, en la luz que ilumina. La comunidad del Espíritu como nueva humanidad es crecimiento de seres vivos con todo el amor que fluye del Espíritu Santo por el cual se engendran sus frutos.

Desde la perspectiva de la *inclusión y exclusión*, descubramos en el acontecimiento de Pentecostés, narrado en Hechos 2.1-13, algunos presupuestos que orientan hacia la reflexión de la *comunidad del Espíritu como nueva humanidad*.

La unidad como resistencia (v.1)

Los ejemplos de unidad en esta comunidad cristiana nos muestran cómo un pequeño grupo de discípulas y discípulos cohabitan en Jerusalén, ciudad creciente en diversidad de ideologías, religiones, cada vez más expuesta a las influencias lingüísticas y culturales del imperio dominante. ¿Quiénes son las y los cristianos? Una minoría, una secta, no podríamos afirmar si es exacto hablar ya de *un movimiento de Jesús* propiamente. El punto de atención es cómo permanece unida una comunidad en situaciones de adversidad o de insignificancia social; cómo la coherencia de grupo en la fe de Jesús hace que la comunidad siga su marcha. Desde el texto descubrimos que la identidad, pertenencia y autenticidad en el proyecto de los primeros

cristianos hizo que el naciente cristianismo resistiera los embates de las otras fuerzas. Pensemos en nuestros países: ¿Cuáles son las fuerzas opositoras a la integración? Y desde las iglesias: ¿Cómo se está respondiendo a los llamados engañosos de la integración económica que promueven un tipo de sociedad homogénea donde todos y todas seamos consumidores de los mismos productos? Vivimos una desarticulación de identidades locales a favor de la globalización. Sin embargo, como signos de esperanza, vemos cómo algunos grupos de las mayorías empobrecidas y excluidas resisten y luchan por su identidad. Esto es ejemplo de la promesa de unidad verdadera del Pentecostés que no hipoteca la propia vida al negarla o diluirla entre el poder que domina.

La comunidad como inclusión (vv.2-4)

Sólo en la identidad de la comunidad y su proyecto se puede ser sensible al Espíritu de Dios, se puede recibir esta capacidad *de hablar en otras lenguas*, sin distingos de sexo, género, edad o condición académica. Lo desconocido y misterioso de este texto nos recrea el ambiente propicio para entrar a esta apertura de la comprensión de otras y otros, al comprender sus lenguajes, y con esto, toda su experiencia de vida. Dios otorga sus dones en la unidad de la comunidad para diversificarse en rostros distintos de una gracia multiforme. El Espíritu irrumpe en hombres y mu-jeres, llega el don, y se recibe así, sin cuestionamientos o prejuicios. Ahora se entendería la misión y el compromiso que las y los cristianos tendrían en la experiencia inmediata de la difusión del evangelio *en otras lenguas*. Aquí la clave:

aparte de una comunidad sensible al Espíritu para recibir y acoger los dones de Dios, es la reapropiación del símbolo de *hablar en otras lenguas* la que implica apertura, encarnación y diálogo con las otras *comunidades de comunicación*. En México, la búsqueda de relaciones interreligiosas sanas sigue siendo uno de los obstáculos mayores de comunicación. Más bien, hemos de aceptar que aún se transita en la incapacidad de hablar otros lenguajes, lo cual tiene como resultado intolerancia e irrespeto entre las diferentes confesiones, más que en el caminar hacia el descubrimiento de la capacidad de hablar otros lenguajes, que impliquen diálogo y encuentro. Pero es justo mencionar los esfuerzos ecuménicos que vivimos hoy en México y en los cuales participamos cristianos de diferentes confesiones, y el diálogo interreligioso, cuyas metas van en la dirección de la unidad en los proyectos sociales y a favor de la paz. Esto indica una esperanza de encuentro. El Pentecostés nos invita a ser sensibles para el encuentro con los que no creen como nosotros y ser capaces de hablar otro lenguaje en un mismo nivel: sin dominios o cosificaciones del otro, en razón de su género, raza, etnia o ideología. Esto es lo novedoso del don de Dios, ir más allá de *mi propio evangelio* y entablar una sana y viva comunicación en la que soy receptor de otros mensajes de vida, reconciliación y nueva humanidad.

Las personas como potenciación (vv.6-11)

Así como en la comunidad cristiana cada uno y cada una recibió sus dones y un mensaje especial, el evangelio se anuncia a la multitud y, he aquí el milagro, «a cada uno

según su lengua nativa». El texto nos narra con más descripción el asombro de las personas que, de diferentes nacionalidades, estaban allí reunidas. De otro modo no podríamos captar la maravilla y la importancia para el desarrollo de la misión del evangelio a todos los pueblos del mundo. El espíritu de Pentecostés es el derribamiento de los muros culturales, de raza, de sexo, de género. No hay más por qué creer que mi lengua o mi cultura, mi confesión religiosa o política, es preeminente, o mejor, o única.

Podemos imaginar la sintonía de cada uno de los discípulos y discípulas con los nativos de cada lugar y descubrir que lo que hablaban eran las maravillas del Espíritu Santo que se describen con más detalle en el discurso inmediato de Pedro. La promesa del Espíritu Santo era descubierta en cada uno y cada una de los presentes. Por eso, el Pentecostés es descubrimiento de *la persona entre la multitud*; no son masa informe, no son uno más entre muchos. Cada uno, cada una es tan importante y singular para ser digno de recibir, en su propio contexto lingüístico, la revelación de la buena nueva. En los inicios de este nuevo milenio nos preguntamos: ¿Cómo se obtiene la salvación? ¿Qué es la evangelización? ¿Cómo se establecen los puentes del cristianismo ante otras religiones y culturas? ¿Qué lenguajes se usan para *convertir* a otros? Estos siguen siendo cuestionamientos que se hacen necesarios repensar y reinterpretar a la luz del Pentecostés, porque las multitudes nos circundan pero están allí las personas humanas, con sus diferentes lenguajes que debemos saber interpretar e integrar desde sus contextos. En la ciudad de México hay muchos proyectos evangelizadores, con niños y niñas de la calle, con prostitutas, en las cárceles, con VIH positivos, sin embargo,

parece que seguimos con la actitud tradicional de establecer el paradigma del sujeto bueno (mi lenguaje) y el objeto malo (su lenguaje). Entre las multitudes están las personas con su historia, su pasado y su presente. Si apostamos por un futuro, hemos de aprender a hablar sus lenguajes, esto es, un acercamiento de sujeto a sujeto: con amor, tolerancia y respeto. Nada causa más asombro entre las multitudes que una persona descubra a alguien acompañándola en su propia lengua.

Pentecostés: configuración de Nueva Humanidad (vv.12-13)

Una multitud de personas recibirían todo un testimonio de lo que la venida del Espíritu Santo estaba haciendo ya en la vida de las comunidades cristianas y en el arranque del proceso misionero de expansión del cristianismo. Entonces, Pentecostés es el inicio de una nueva era en el Reino de Dios, el anuncio de la apertura a los otros lenguajes, a la promoción de la unidad en la diversidad, a la construcción de comunidades cristianas llenas de carismas que, ante todo, se encarnen y promuevan la Vida. Pentecostés es abrir *los templos de nuestros corazones* para que, con humildad, nos reconozcamos como privilegiados por el don de Cristo pero sabiendo usarlo con sabiduría y pertinencia en todo proyecto que invite a la unidad con dignidad entre los seres humanos. ¡Sí, la iglesia como comunidad del Espíritu está llena del vino nuevo! Es nueva humanidad que celebra las primicias y la esperanza que siempre vuelve a empezar. Los eventos transmitidos a través de libro de los Hechos irán afirmando el Pentecostés a través de los

diversos gestos del Espíritu que *se hace comunidad* al vivir el don de Cristo a través del apostolado, la profecía, la evangelización, la pastoral y la enseñanza. Vivir el don de Cristo a través de la fraternidad, del servicio y el compañerismo, como una comunidad de iguales.

Al igual que las y los primeros cristianos, llenos del Espíritu Santo, vivamos como en un Pentecostés perenne. Que en un solo corazón y una sola alma mantengamos un mis-mo Espíritu de amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio.

No hipotequemos nuestras canastas. La resistencia, la inclusión y la potenciación de la comunidad del Espíritu son fundamentales para vencer a quienes quieren hacer de ella un instrumento de división, exclusión y sumisión a sus intereses. Cada *canastita* tiene su propio valor y dignidad, su propio don y vocación. Cada una es única e irrepetible. La comunidad del Espíritu tiene que mantener su percepción de sí misma, como una nueva humanidad que se edifica con nuevos paradigmas de libertad y vida para todos y todas. En la pluralidad de iglesias que conforman el mosaico confesional en América Latina no nos queda más que vernos como Dios nos ve: *cada comunidad es una canción y un trocito de la propia alma de la divinidad. Estamos en el corazón del Dios de la Vida. Somos una canción única y diferente. Cada una, con sus ministerios, expresa los bellos colores de la multiforme gracia de Dios. En medio de lo despreciado por el mundo, tejamos en nuestros países la esperanza de los poemas no cantados, con pedacitos de alma y gotas de sangre del corazón de Jesús, Pentecostés de plena humanidad.*